

T. S. Eliot o la convergencia de los tiempos

Juan Andrés González Soto

*¿Cómo te hallas aquí sin más espera?
Yo pensé que te hallabas más abajo,
en donde el tiempo el tiempo recupera.*
Dante Alighieri, Purgatorio, XXIII.

¿Habría sido más feliz Ulises si hubiera olvidado Ítaca? Veinte años el rey anheló volver al nacimiento de la memoria, y en ese *nostos* ansiado, la duda se sembró en él. El tiempo no perdona, y esta cuestión pondera las tajantes dagas de ese devenir, que es la condena de lo mundano. El futuro, que aún no es, Troya y el infinito mar, serán su pasado, que a un tiempo no será: Troya y el infinito mar. Ya Calvino dice que «Ulises no debe olvidar el camino a recorrer [...] no debe olvidar la Odisea».¹

El tiempo en Ulises va más allá de la materialización de la vejez, de los miedos y de las viejas glorias: es, también, la memoria. Evocar es una suerte de viaje en el tiempo. No solo pervive lo continuo, sino aquello que pereció, porque se vive en eso: en la añoranza. Y no solo es la memoria, es también aquello que se quiere recuperar: el porvenir. En Homero el tiempo es un fenómeno cíclico, pues en el presente, el individuo evoca aquello que se perdió, y de ese pasado se anhela aquello que se quiere.

Es, en cambio, un fluir, un acto de desgarrarse en el tiempo. Es este encierro ontológico lo que hace germinar en Ulises el miedo. Calasso refiere a esto diciendo que «el tiempo, en su puro fluir, hace mutar la esencia del mundo».² El tiempo es dador de la memoria. Wordsworth se hace en la Abadía de Tintern, en la que ya no está. Rilke encontró en Duino las cenizas de un tiempo celestial perdido. Valéry sobrevivió solo dos meses al abandono de Jean Voilier. Dante visitó la gran tumba de la memoria, que a su vez, será el sepulcro de todos los hombres. Ulises pervivió de memorias veinte años.

El futuro en el pasado, lo que murió en el porvenir. El tiempo en todo se abigarrar: en la muerte, en la vida, en la amargura, en el amor. Macedonio Fernández (2013) escribía: «Amor se fue; mientras duró/ de todo hizo placer./ Cuando se fue/ nada dejó que no doliera».³ Así como Ulises se enfrenta a las circunstancias de la temporalidad, dos mil años después lo hace Leopold Bloom,

¹ Italo Calvino, *Por qué leer los clásicos*, p. 19.

² Roberto Calasso, *La literatura y los dioses*, p. 41.

³ Macedonio Fernández, *Poemas*, p. 32.

y también lo hace J. Alfred Prufrock; si lo hace Prufrock, lo hace Eliot.

Para Homero la cuestión fundamental era el *kleos*, la fama y su inmortalidad consecuente. Para Eliot, para sus coetáneos, era el Ser y aquello que lo condiciona. El tiempo es en Eliot la base fundamental de su obra poética. No busca, quizá, una respuesta para complacer a las divagantes masas. Parece más bien una forma de desglosar las cuestiones de su mundo. Prufrock, como Ulises, también se dirige a algún sitio, también evoca los tiempos pasados y también teme al devenir incierto. No obstante, los móviles no son iguales.

Eliot es un heredero, quizá un recopilador de todos los tiempos del Ser. Es lo que se pretende demostrar.

*Sed fugit interea, fugit irreparabile tempus*⁴

La cuestión del tiempo y el Ser en el siglo XX es solo, quizá, la suma de infinitud de preguntas históricas y cronológicamente muertas. Es lo que es: lo que Eliot heredó, quizá más prontamente de Nietzsche. Fue Heidegger, empero, quien asumió las dos cuestiones como una sola, diciendo:

En la medida en que la vida humana investiga el tiempo mismo con el fin de explorar qué cosa sea el tiempo, se ve remitida al «alma» y al «espíritu». La pregunta se detiene ante la cuestión de si el alma y el espíritu son en última instancia «el tiempo».⁵

Esto también puede funcionar de forma inversa. Si nos cuestionamos qué es el alma, *id est*, el Ser, nos remitimos al tiempo. Platón aducía que, para producir el tiempo, el Demiurgo creó los astros, materia que es lo vivo, cuya trayectoria sería la demarcación de la temporalidad: el Tiempo en el Ser; el Ser en el Tiempo.

En Eliot la poesía surge como un acto exegético. En «La canción de amor de J. Alfred Prufrock», plasma el dolor de la experiencia perdida en un

⁴ «Pero huye entre tanto, huye irreparablemente el tiempo», Virgilio, *Geórgicas*, III, 284.

⁵ Martin Heidegger, *El concepto de tiempo*, p. 20.

adulto al cual los años se le escapan de las manos. Una plétora de lamentos es lo que le queda a Prufrock, quien añora una vida irrecuperable. Este se explaya en el pasado: «Porque ya conozco todo, todo lo conozco.../ He conocido los crepúsculos, las tardes y las mañanas/mi vida la he medido con una cucharilla de café».⁶ El axioma prufrockiano es el «hubiera»: hubiera hecho esto, debería haber hecho aquello, ¿y si hubiera elegido esto en lugar de aquello?

Prufrock se sumerge en la monotonía vital, esa que consiste en la reunión del té de cuatro a cuatro cuarenta y cinco, en las caminatas por esas «calles medio muertas», en las charlas sobre Miguel Ángel y en las corbatas costosas fijadas por sencillas agujas. Le queda anhelar el pasado, le queda el malestar del presente y la inexistencia del porvenir. Para él ya no existe un futuro certero: «Estoy viejo... estoy viejo.../ Llevaré doblados los bajos del pantalón».⁷

A diferencia de Ulises, a Prufrock no lo espera nadie. No lo aguarda un reino, una hermosa tejedora ni un perro eternamente fiel. No es nadie: «No soy el príncipe Hamlet ni pretendía serlo;/ soy un consejero real, uno que servirá/ para hacer avanzar la trama [...] sin duda un peón fácil...».⁸ Prufrock es presa de su tiempo, de su memoria. Prufrock no es. No es porque quiere pertenecer a una época esfumada, no es porque su perennidad lo hunde, no es porque para él no existe nada en lo ulterior. No pertenece a ningún tiempo, no hay algo que condicione su Ser.

James Joyce se refleja en Stephen Dedalus, se vierte en él; Eliot, en Prufrock. Más allá de ser una cuestión de carácter autobiográfica, es una consecución del todo por la parte. Toda poética es reflejo de su tiempo; Marina Tsvietáieva⁹ aseveraba que cada poeta contemporáneo es creador de su época, es decir, es el reflejo, simbólico o metafórico, de la condición humana de su tiempo. Eliot instaura la contemporaneidad poética del siglo XX porque la afronta (Ezra Pound y Yeats son un constante re-

⁶ T. S. Eliot, *La tierra baldía*, p. 28.

⁷ *Ibid.*, p. 30.

⁸ *Idem.*

⁹ *Cfr.* Marina Tsvietáieva, *El poeta y el tiempo*.

gresar al pasado para reconstruirlo), es él un reflejo de sus tiempos. Prufrock es entonces, la proyección de las condiciones de los tiempos de Eliot. Es la forma literaria especular del Ser colectivo más que del bardo individual: Prufrock, más que Eliot, es la sociedad germinante.

Uróboros o el ciclo inmanente

Eneas, a diferencia de Ulises, no se funda bajo la secuencia: pasado es futuro, donde aquello que se anhela es aquello que se perdió. Aunque virtualmente el esquema es facsímil: Eneas perdió su condicionante, Troya, que es irrecuperable. Pero, incluso así, busca fundar, con aquellos que lo acompañan, sobrevivientes de la guerra, una nueva Troya, es decir, restaurar el pasado, volver a él. Su futuro es su pasado. Roma será Troya, la incendiada, la ceniza, el recuerdo, el regreso, ese *nostos* homérico donde se viaja para recuperar lo perdido, para no olvidar.

En Eneas el tiempo es cíclico, porque algún día aquello que se perdió se recuperará, así hasta la eternidad: Troya, que fue y será Roma, que fue y será Italia, que fue y será nada para regresar, algún día. Como Eneas, así será el humano, que trasciende el tiempo, que se enfrenta a él, pero que no se libra de su perpetuidad recobrante. Eneas, como el humano, es víctima de la rotura del pasado para añorar el futuro utópico. Es una constante en el sistema social, donde caen los dominantes, para que los dominados tomen su lugar.

Todo tiempo es un ciclo eterno. En «El Inmortal», Borges se enfrenta a esta cuestión, humanizándola, es decir, inmortalizando a un humano. Un hombre que bebe de un río se encuentra con los inmortales, que divagan pues han vivido todo, vacíos; conocen el mundo y sus predecibles variaciones. Él, al beber de aquel río se vuelve uno de ellos: él, entonces, fue Dante, fue Homero, fue Santo Tomás y fue Berkeley, también fue Tú y también fue Yo.

Entre los inmortales [...] cada acto (y pensamiento) es el eco de otros que en el pasado lo

antecedieron, sin principio visible o fiel presagio de otros que en el futuro lo repetirán hasta el vértigo.¹⁰

Todo vuelve al ser. En Eliot lo cíclico está fuera de nosotros; somos contempladores de aquello que nace y muere, y eso nos hace conscientes de la finitud del Ser. Ese es, probablemente, nuestro consuelo: percibirnos finitos es más factible que volver al ciclo eterno de ser nosotros, destinados a ser todos y a ser nadie de forma sempiterna.

En *La tierra baldía*, Eliot comienza: «Abril es el más cruel de los meses/ pues engendra lilas en el campo muerto, confunde/ memoria y deseo, revive/ yertas raíces con lluvia de primavera».¹¹ Aquello que fenece resurgirá algún día: los sistemas, la naturaleza, la esencia, el día, la noche, el humano como especie, menos el Ser. No hay dos seres iguales, solo similares. Habrá otro Milton que no será Milton.

En la muerte está la vida, como Baudelaire que poetifica la carroña, muerte vivaz. Eliot dice:

Flebas el fenicio, ya quince días muerto/ olvidó el grito de las palomas y la mar gruesa [...] Una corriente submarina arrastró sus huesos en susurros/ Al levantarse y caerse pasó todos los estadios de su edad y su juventud/ adentrándose en el remolino.¹²

Para Sartre la temporalidad es una cuestión de «síntesis original» en la que sus tres elementos, pasado, presente y futuro, conforman una estructura organizada, es decir, debe afrontarse como un hecho sincrético, pues si no, se caería en una paradoja que versa:

[...] el pasado no es ya, el futuro no es aún; en cuanto al presente instantáneo, nadie ignora que no es en absoluto: es el límite de una división infinita, como el punto sin dimensión. Así, toda la serie se aniquila [...].¹³

¹⁰ Borges, *op. cit.*, p. 25.

¹¹ T. S. Eliot, *La tierra baldía*, p. 49.

¹² *Ibid.*, p. 59.

¹³ Jean Paul Sartre, *El ser y la nada*, p. 117.

No puede no existir el tiempo, al menos la noción que tenemos de él, por tanto, todo es uno. Como la esfera de Pascal, donde la naturaleza es una esfera infinita, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. Todo está en sí y no. Todo muere y regresa. «Quien estaba vivo está ya muerto/ nosotros vivíamos y estamos muriendo/ con un poco de paciencia [...] Aquí no hay agua sino sólo roca...»,¹⁴ escribe Eliot.

En *Cuatro cuartetos*, quizá su obra mayor, Eliot apunta respecto al tiempo: «El tiempo presente y el tiempo pasado/ Acaso estén presentes en el tiempo futuro/ Y tal vez al futuro lo contenga el pasado./ Si todo tiempo es un presente eterno/ Todo tiempo es irredimible». ¹⁵ Para Eliot, como para Sartre, el tiempo está ensimismado. El humano vive de la memoria, aquella que también funciona para reestructurar el pasado y para plantearnos el futuro, que se anhela, todo fluyendo en el presente. Prufrock, como Ulises y como Eneas, son la congregación de sus tiempos y sus circunstancias.

«Lo que pudo haber sido es una abstracción/ Que sigue siendo perpetua posibilidad/ Sólo en un mundo de especulaciones/ Lo que pudo haber sido y lo que ha sido/ Tienden a un solo fin, presente siempre». ¹⁶ Prufrock ya no será, es consciente de eso, y sin embargo construye memorias con aquello que quiso ser, con aquellos amores que perdió, y con aquellas decisiones no escogidas. Ulises no pudo haber partido a Troya, y pudo haber permanecido en Ítaca con Telémaco y con Penélope. Eneas pudo haber ganado la guerra, y quizá Roma nunca se hubiera fundado, y solo quizá Virgilio nunca hubiera cantado: «Hirviendo en ira le hunde toda la espada en pleno pecho./ El frío de la muerte le relaja los miembros/ y su vida gimiendo huye indignada a lo hondo de las sombras». ¹⁷

Aquello que fue no será, pero pudo haber sido en cuanto puede pensarse en el ahora. En «Retrato de una dama», Eliot relata la relación entre una

pareja victoriana que se ve separada por un viaje al extranjero por parte de uno de los amantes. La voz del hombre, que protagoniza, narra aquello que podrá ser: una relación a distancia conectada por cartas. La problemática no es la distancia, sino la posible muerte de la amante:

Y si ella muriera una tarde de estas/ una tarde gris y brumosa, ocaso amarillo y rosa;/ muriera y me dejara sentado pluma en mano/ con la niebla que desciende sobre los tejados [...] sin saber qué sentir o qué pensar.¹⁸

De nuevo los verbos conjugados que imperan; de nuevo el pudo haber sido o el podría ser. El humano se distancia de su tiempo: nos desgarramos en el ahora, pero vivimos en lo que fue o en lo que pudo haber sido o será.

En «East Coker», segundo poema de *Cuatro cuartetos*, Eliot se enfrenta a la condición cíclica diciendo:

En mi principio está mi fin. Una tras otra/ las casas se levantan y se derrumban, se desmoronan, se extienden,/ son arrancadas, destruidas, restauradas, o en su lugar/ queda un baldío, una fábrica o un desnivel [...] El conocimiento impone una estructura y falsifica,/ porque la estructura es nueva a cada instante/ y cada instante una nueva y estremecedora/ valoración de lo que hemos sido.¹⁹

Trágica condicionante del ser humano: nacemos solo para fenecer y así por siempre. La temporalidad se disgrega en los hombres y en las mujeres; somos el medio del tiempo, él fluye en nosotros cual río argento. La angustia de existir es dada por ese ente que nos devora, carcomiéndonos, encaneciendo los cabellos y pudriendo la piel. Pesadamente cognocemos el tiempo, cuando los dolores se repiten, cuando memorizamos las muertas calles por donde transitamos, cuando sabemos de memoria la música de fondo que resuena a diario, como en el fondo de la consciencia. Este es el ciclo inmanente

¹⁴ Eliot, *op. cit.*, p. 60.

¹⁵ T. S. Eliot, *Cuatro cuartetos op. cit.*, p. 7.

¹⁶ *Idem.*

¹⁷ Virgilio, *Eneida*, p. 394.

¹⁸ Eliot, *Cuatro..., op. cit.*, p. 34.

¹⁹ *Ibid*, p. 15.

en el que está enjaulada la humanidad: no trascendemos más allá de concebirnos de forma monótona, y no es que la vida se repita *per se*, sino que la humanidad es un bucle de sistemas simbólicamente arraigados que ocasionan la vuelta al origen, la vuelta al fin, y viceversa.

Ahí Prufrock, con un cráter en su cabeza, donde antes habían finos cabellos. Prufrock, como Uróboros, tardíamente reconoció su cíclica existencia: tarde para él, cayó en cuenta que consumía su cola, como anhelando, de manera inconsciente, revivir sus desgracias, revivir sus desamores, y revivir sus eternos dolores. Eliot también, donde la vital persistencia de encontrarse, *ergo*, encontrarnos, desenmascara el acto poético de converger los tiempos en sí.

Nació la serpiente, dio inicio a sí. Nació entre calles muertas, entre hombres con trajes, entre vapores nocturnos y colillas de cigarros. Con hambre y sin qué comer, anheló haber nacido en el pantano o en la selva. Empezó a comerse a sí misma. Su principio fue su fin. Su nacimiento fue su muerte, y su muerte su renacimiento. Su nombre era Prufrock. Otros la llamaron Eliot, la serpiente donde todos los tiempos se congregaron.

Fuentes

Borges, Jorge Luis, *El Aleph*, Penguin Random House, Ciudad de México 2018. Calasso, Roberto, *La literatura y los dioses*, Anagrama, Barcelona, 2002. Calvino, Italo, *Por qué leer los clásicos*, Tusquets, Barcelona, 1993. Eliot, T. S., *La tierra baldía. Prufrock y otras observaciones*, Lumen, Barcelona, 2015. Eliot, T. S., *Cuatro cuartetos*, Lumen, Barcelona, 2022. Fernández, Macedonio, *Poemas*, Corregidor, Buenos Aires, 2011. Heidegger, Martin, *El concepto de tiempo*, Herder, Barcelona, 2012. Platón, *Timeo o de la naturaleza* [web], 2017 <<https://ww2.ebookelo.com/ebook/19552/timeo>> [verificado el 14 de septiembre de 2023]. Sartre, Jean Paul, *El ser y la nada*, Altaya, Barcelona, 1993. Tsvietáieva, Marina, *El poeta y el tiempo*, Anagrama, Barcelona, 1990.